

hace robustas, ágiles, prontas para el bien; las hace puras y vírgenes produciendo así como se expresa el Libro de la sabiduría ¹ una generación bella y esclarecida.

Dió lo más hermoso, porque las especies de pan y de vino representan á Cristo inmolado en la Cruz, es decir, el cuerpo separado de la sangre.

Y esta inmolación y esta víctima fué hermosísima, digna de Dios y gratisima á sus ojos, como que por ella se le restituye el honor que el pecado le arrebatara.

Por eso San Agustín ² decía: Cristo es hermoso en el cielo, es hermoso en la tierra, hermoso en el seno de la Virgen, hermoso en los brazos de sus padres, hermoso haciendo milagros, hermoso en la flagelación, hermoso invitando á la vida, hermoso entregándose á la muerte, hermoso en la Cruz, hermoso en el sepulcro.

La Eucaristía es lo bueno y lo hermoso de Cristo, y de tal manera que nada mejor ni más hermoso podía dar á los hombres.

Y no cabe ponerlo en duda, porque la Eucaristía es el compendiado resumen de las maravillas del Dios misericordioso.

¹ IV. 1.

² In. Psalm. 44.

Maravilla fué la creación del mundo; maravilla es la transubstanciación, porque es como cierta creación á virtud de la cual es creado en el altar el mismo Señor y Creador del mundo y el mundo en él mismo.

Maravilla fué el maná, que era un pan del cielo: maravilla es el pan Eucarístico que es maná sobrenatural y divino.

Obra maravillosa fué la Encarnación del Verbo; en la Eucaristía se realiza en cierto modo una encarnación nueva, se encarna el Verbo y humanado está presente en los altares.

Maravilla fué la crucifixión de Cristo, su muerte y la redención del mundo; en la Eucaristía se renueva de un modo incruento esa crucifixión y esa muerte.

Dios en la Eucaristía renueva y supera los antiguos milagros: convierte el vino en su sangre; hace que su cuerpo íntegro se encuentre en cada una de las partes de la Hostia, aun en la más imperceptible; permite que los accidentes vivan sin sustancia; se halla en todos los altares del mundo igualmente perfecto é íntegro.

En la Eucaristía se ejercita la fe creyendo que la Hostia no es pan, sino la carne de Cristo; se

ejercita la religión porque estando Dios presente en ella le adoramos rendidamente; ejercitamos la esperanza, porque si se nos da él mismo en alimento, ¿qué nos podía negar?

La Eucaristía es medicina de todas las enfermedades del cuerpo y del alma.

¿Te aqueja la soberbia? Recibe la Eucaristía que es Cristo humillado hasta la condición de pan.

¿Te aflige la impureza?

Toma la sangre de Cristo que es engendradora de vírgenes.

¿Te exalta la ira ó te agota la impaciencia?

Recibe á Cristo paciente y crucificado.

La Eucaristía es el fuego del amor divino. En ella está Cristo que es el amor de los amores, como dice San Bernardo.

Lo bueno y lo hermoso de Cristo, vaticinado por el Profeta, es, como él mismo lo llama, el trigo de los escogidos, el vino que engendra vírgenes.

Es el trigo de los escogidos, es decir, traduciendo la palabra hebrea, es el trigo de los jóvenes, porque la Eucaristía hace jóvenes, es decir, hombres fuertes, prontos, expeditos para toda lucha por ardua y difícil que sea.

Ella hizo á los grandes conquistadores de las almas, á los grandes héroes del cristianismo, á los mártires que derramaron su sangre para fecundar en la tierra la semilla divina.

Por eso en los tiempos de las persecuciones se concedió á los fieles que depositaran en sus casas la Eucaristía, para que la tomasen al presentarse el peligro.

El gran San Cipriano decía: " Cuando recibimos la sangre de Cristo derramada por nosotros, nos robustecemos y nos excitamos para derramar por él generosamente la nuestra, porque el amor es vigoroso como la muerte."

Ella es el vino que engendra á las vírgenes, porque inspira el amor superior de Dios y de los bienes celestes y el desprecio de las delicias y de los placeres del mundo.

Ella es el vino que engendra vírgenes, porque nos separa y nos consagra, porque paralizando y ahogando cada día más en nosotros los principios corruptores de nuestra carne viciada, hace correr en nuestra sangre no se qué principio superior de pureza y virginidad.

La carne que recibimos en la Eucaristía es la carne virginal de Cristo: ella inocula, como es

natural, sus propiedades en nuestro ser, y poco á poco nos hace semejantes á Jesús, nos hace vírgenes como él.

Ella imprime sobre nuestras frentes un pudor que ni se marchita ni se envejece; es un pudor que brilla con las gracias de inmortal pureza.

La Eucaristía en fin, es el sacramento del martirio y de la virginidad.

Los mártires y las vírgenes son los frutos escogidos del amor divino.

El amor llevado á su última potencia, á su intensidad suprema, es el único que puede producir á los vencedores del mundo, á los que lo han conquistado derramando su sangre y crucificando su carne.

Ninguna religión tiene vírgenes que ofrezcan á Dios con manos puras la víctima santa de la expiación, ó que adopten en el amor de una maternidad sobrenatural todas las debilidades de la infancia, todos los dolores de las enfermedades, todos los abandonos de la vejez.

Y no tiene vírgenes ni mártires porque sus tabernáculos están desiertos, porque la mesa que sirve á sus adeptos no está provista ni del trigo

que hace almas generosas, ni del vino que hace florecer á las vírgenes.

Si la historia demuestra, en efecto, que el martirio y la virginidad son frutos reservados de la comunión Eucarística, la profecía lo había anunciado antes con claridad deslumbradora, con autoridad que no admite réplica.

CARACTER GRATUITO DEL DON EUCHARISTICO.

Isaías, llamado el historiador profético del Mesías, contemplando á la luz de la inspiración las grandezas de la Iglesia cristiana, dejó escapar de sus labios estas palabras.

“Sedientos, venid todos á las aguas; y vosotros que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed: venid, comprad sin dinero y ninguna otra permuta, vino y leche.”

“¿Por qué gastáis vuestro dinero en cosas que no son buen alimento, y empleáis vuestras fatigas en lo que no puede saciaros?”

“Escuchadme con atención, concluye el Profeta, y alimentaos del buen manjar y vuestra alma se recreará en la más sustancioso de las viandas.”

Estas palabras son á no dudar una profecía de la Comunión Eucarística.

Los intérpretes sagrados así lo afirman.¹

Y así lo demuestra el paralelismo que se advierte entre este pasaje de Isaías y el capítulo VI del Evangelio de San Juan.

El Profeta se dirige á todos aquellos que tienen hambre y sed al mismo tiempo, y les promete la satisfacción perfecta de sus necesidades bajo los dos principales elementos de la alimentación humana.

“Sedientos, les dice, venid á las aguas. . . . comprad y comed: alimentaos del buen manjar y vuestra alma se recreará en lo sustancioso.”

El Salvador del mundo llama también á los que tienen hambre, y sed y les ofrece un alimento y una bebida: el pan de su carne y el vino de su sangre.

“Si no coméis, decía en su paso por el mundo, la carne del Hijo del hombre, ni bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. Porque mi carne es verdaderamente alimento y mi sangre bebida.”

El Profeta ofrecía un alimento y una bebida que dejaría completamente satisfechos á quienes

¹ Cornel. á Lapide in is. cap. LV.

los usaran y que los llenaría de delicias. *Comedite bonum, et delectabitur in crassitudine anima verba.*

Llama á este alimento con una energía sublime el bien, lo bueno, la cosa excelente entre todas: *Comedite bonum.*

Lo opone á los falsos bienes, á los placeres culpables que buscan los hombres con tanto empeño y en los cuales no encuentran, después de un momento de embriaguez, más que el vacío de las decepciones, las angustias de la conciencia, la tortura del remordimiento y no sin frecuencia la enfermedad y la ruina.

¿Por qué gastáis, les dice, vuestro dinero en cosas que no son buen alimento y empleáis vuestras fatigas en lo que no puede saciaros?

Jesucristo á su vez ofrece un alimento y una bebida que dejará satisfecho al hombre plenamente.

“Yo soy el pan de vida decía el Salvador: quien viene á mí ya no tendrá hambre y quien cree en mí ya no tendrá sed.”

Jesucristo á su vez ofrece lo bueno, lo excelente: se ofrece él mismo, fuente de vida.

“Yo soy el pan vivo, decía, bajado del cielo.”

Y ese pan celeste que es El mismo, le da al hombre aquello de que tiene hambre y sed, es decir, la vida, la vida del alma y la vida del cuerpo, la vida para el tiempo y la vida para la eternidad.

“Yo soy el pan vivo, repetía, y el que come de ese pan vivirá eternamente.”

Jesucristo á su vez oponía ese alimento y esa bebida á los goces del mundo que nunca satisfacen.

El que bebe de esta agua, decía á la Samaritana, volverá á sentir las angustias de la sed.

Pero si venís á las aguas vivas, al cáliz de la salud, á la mesa del cielo, quedaréis restaurados y satisfechos.

¡Oh hombres, decía Isaías y repetía el Salvador, ¿por qué buscáis con tanto afán vanos fantasmas de felicidad? ¿Por qué gastar vuestro dinero y disipar el patrimonio de vuestros padres, es decir, el de vuestros dones naturales, para no conseguir dar á vuestra alma algo que la satisfaga?

Ni las riquezas, ni los honores, ni los placeres, ni el renombre, ni la ciencia, ni la gloria son un pan con que ella pueda satisfacerse.

Sólo Dios, su gracia, su doctrina y especialmen-

te el alimento Eucarístico es el pan, dice el Padre Cornelio á Lapide, que puede reparar á la alma y saciarla completamente.

He aquí, en concepto del Padre Tesnière, la aplicación literal, por decirlo así, de este vaticinio de Isaías, á la Comunión Eucarística.

Pero puede penetrarse un poco más.

Fué revelado al Profeta, y él lo anuncia al mundo, uno de los caracteres más salientes del Sacramento de amor: la inefable facilidad con que puede adquirirse el pan Eucarístico.

“Los que no tenéis dinero, decía el Profeta, comprad y comed: comprad sin dinero y sin ninguna otra cosa en cambio, vino y leche.”

Sin dinero puede adquirirse ese manjar bueno, ese bien excelente, como le llama Isaías, “*comedite bonum.*”

Hermosa revelación, sublime profecía: todos nosotros, criaturas miserables, pobres y desnudos y que pagamos tan caro el pan corruptible de nuestras mesas, podemos adquirir el pan del cielo, el pan de los ángeles, el pan de Dios, por nada.

Sin oro, sin plata, sin dar nada en cambio, podemos obtenerlo.

Y no una vez, ni con grandes esfuerzos, ni siquiera con prolongadas súplicas.

Podemos adquirirlo cuantas veces lo quiera nuestra alma, cada día, sin suspender nuestro camino, sin detenernos más que el tiempo necesario para tomarlo y comerlo: "*Properate.*"

Basta quererlo, basta desearlo, basta tener necesidad, la pobreza da título y derecho: "*Omnes sitientes, venite*". *emite absque argento*"

Cristo como el Profeta, no exigía más.

Al ofrecer al mundo el pan de vida de su adorable Sacramento, no ponía más que esta condición: creer en su valor, es decir, creer que él es el verdadero pan de vida, "*Hoc est opus Dei ut credatis,*"¹ experimentar la necesidad de ese pan, para no desfallecer en el camino: "*Ne deficiant in via*" desearlo y venir á comerlo "*Accipite et manducate.*"

Tener hambre, tener sed, confesar nuestra necesidad del auxilio de Dios para conservar la vida de la gracia; creer en la palabra del Salvador, de que ese socorro se encuentra en el pan vivo de la Eucaristía, presentarse á la santa mesa, para satisfacer el hambre; he aquí lo que basta para obtener fructuosamente el pan Eucarístico.

¹ Joan VI-29.

Esa hambre no es otra cosa que la buena voluntad, compuesta de amor, de humildad y de ardientes deseos.

La buena voluntad, dice San Bernardo, es la moneda con que Dios se conforma, en cambio del bien de los bienes que él nos concede.

Y Dios se conforma con esa buena voluntad, con esa moneda en cuya composición entra, según el mismo santo, el oro del amor, porque él nos ama tanto, que desea á todo trance ser amado por nosotros.

Tiene sed de que tengamos sed de él, según la enérgica y bellísima frase de San Gregorio de Nacianzo: "*Sitit sitiri Dominus.*"

Es tan bueno nuestro Dios, desea tanto salvarnos, que mira nuestros deseos como precio digno de sus bienes sin precio.

¡Oh! apresuramiento admirable de la bondad divina.

El bien de los bienes nos es ofrecido con la sola condición de quererlo: Dios no aguarda que le busquemos, él nos busca: tiene sed de ser deseado: tenemos sed y él presenta el cáliz á nuestros labios: nos mira como sus bienhechores, cuando le pedimos beneficios: tiene una naturaleza

generosa, magnífica, pronta para dar: siente más placer en acordarnos sus dones, que nosotros en recibirlos.

No vacilemos en llegar á la mesa Eucarística: nuestra pobreza es el mejor título para acercarnos al banquete divino: nuestra indigencia nos da derecho á participar del pan de los ángeles.

Venid á mí todos los que tenéis sed: os he hecho príncipes y señores de la tierra, de la mar y de los cielos: ¿qué os podré negar? no os pido más que una cosa en cambio: que tengáis sed de vuestro Padre, ¡oh! hijos míos, y vuestro Padre que es también vuestro Dios, se os dará desde luego á vosotros.

Estas hermosas palabras de Clemente Alexandrino, resumen el ardiente y amable vaticinio del Profeta Isaías.

UNIVERSALIDAD DEL DON EUCARÍSTICO.

Salomón, hijo de David, y sucesor de éste en el trono de Judá, en la época más gloriosa para el pueblo de Israel¹; ese rey admirable, á quien

¹ Rohrbacher, tom. I, pág. 484.

dió el Señor un corazón sabio y de tanta inteligencia, que no lo ha habido semejante antes, ni lo habrá después¹; ese hombre de prudencia incomparable y de magnanimidad inmensa, como la arena que está en las playas del mar², dejó escritas, en sus proverbios, que son como los elementos de la razón humana³, estas sublimes y misteriosas palabras:

“La Sabiduría se fabricó una casa, labró siete columnas.”

“Inmoló sus víctimas; mezcló el vino y preparó la mesa: envió sus criadas á convidar que viniesen al alcázar; y desde las murallas de la ciudad gritaba:”

“Quien sea párvulo, véngase á mí. Y á los que no tienen juicio les dijo:”

“Venid á comer de mi pan y á beber el vino que os tengo preparado:”

“Dejad las niñerías, y vivid y caminad por las sendas de la prudencia.”⁴

En estas hermosísimas frases, que son, siguiendo la doctrina de San Atanasio⁵, unas verda-

¹ III Reg. III-12.

² Loc. cit. IV-29.

³ Rohrb. loc. cit.

⁴ Prov. IX, 1 á 6.

⁵ In Sinop. Scrip. cap. XIV in Prov.

deras estrofas, es decir, que una cosa expresan, atendida la corteza de las palabras, y otra significan, por medio de la imagen ó figura que enuncian, se ve delineada, mil años antes de su institución, la Divina Eucaristía, ese convite celestial, al que son invitadas todas las generaciones, todas las razas, todos los pueblos.

Sólo al percibir el acento del Profeta que no ha perdido ni su original encanto, ni la belleza de su forma, descubre el cristiano que aquella sabiduría, que necesita una habitación en la tierra, es la Sabiduría encarnada, revestida de las debilidades de la humanidad, que ha fundado la Iglesia para que le sirva de morada escogida y de amable tabernáculo, en el que pueda prolongar su permanencia en el mundo, hasta el fin de los siglos.

La humana inteligencia, adoctrinada por la enseñanza cristiana, vislumbra, también, en las siete columnas, que, formadas de la roca, servían de fundamento á la casa de la Sabiduría, los siete Sacramentos que, instituidos por Cristo, que es la piedra, constituyen la base de la Iglesia, y con los cuales alimenta, repara y mantiene la vida, en el alma de sus hijos.

Y en ese templo, incomparablemente más suntuoso y más santo que el de Salomón, la Sabiduría encarnada, como lo anunciaba la profecía del pacífico Rey de Judá, ha ofrecido y ofrece todos los días un sacrificio del que es ella misma la Hostia sin mancha.

Lo ofrece bajo las dos especies de pan y vino, y después que la justicia de Dios queda satisfecha, recibiendo el perfume de esa víctima inmaculada; después que Dios ha tomado su parte del sacrificio, llevada por el arcángel á la mesa del cielo; el altar de la tierra, se convierte en mesa para el hombre y allí la Sabiduría infinita le sirve una parte de la misma víctima, en el pan consagrado y en el vino del cáliz.

En las esclavas, de que habla Salomón en su encantadora parábola, enviadas por la Sabiduría á las murallas de la ciudad, para que desde allí invitaran á los niños y á los insensatos á que comieran el pan y bebieran el vino que les tenía preparado, contempla, sin sombras, el corazón del creyente, á los Profetas y á los Doctores, á los Apóstoles y á los Obispos, llamando desde la altura de las cátedras cristianas á todos los hombres, con palabra dulce y apremiadora, para que vengan

a sentarse á la mesa divina, en la que les ha preparado la Sabiduría Eterna, un pan que da vida y un vino que engendra á las almas vírgenes.

Y en la parábola están bien descritos con la palabra *esclavas*, enviadas por la Sabiduría, *missit ancillas suas*, porque los Profetas y los Apóstoles, los Doctores y los Obispos son los enviados de Dios y tienen que estar dotados de blanda suavidad, como es la de una mujer, para consolar al hombre en la tierra y atraerlo dulcemente á las delicias del banquete Eucarístico.

Lo que en las palabras de Salomón descubre el pensamiento humano, iluminado por la fe, lo admiraron y descubrieron los grandes genios que han iluminado al mundo, en el curso de los siglos.

“Aquí sin duda reconocemos, dice San Agustín, que la Sabiduría de Dios, esto es, que el Verbo tan eterno como el Padre, edificó en las entrañas de la Virgen su casa, que es su cuerpo humano, y que á éste, como á cabeza, le añadió, como miembros, su Iglesia, sacrificando en ella las víctimas de los mártires y disponiendo la mesa con pan y vino, donde se nos descubre también el Sacerdocio, llamando y convidando á los faltos de entendimiento.”

“Y el participar de esa mesa, agrega el Santo Doctor, es lo mismo que comenzar á tener vida, porque hasta en otro libro llamado “El Eclesiastés,” donde dice: “no tiene otro bien el hombre sino lo que comiere y bebiere,” ¿qué cosa más creíble podemos entender que nos dice, sino lo que pertenece á la participación y comunión de esta mesa que nos pone el mismo sacerdote, medianero del Nuevo Testamento, sirviéndonos en ella su cuerpo y su sangre? ¹” La Sabiduría, dice San Atanasio, puso la mesa del sagrado altar, en el cual se ponen para alimento de vida, el cuerpo y la sangre de Cristo.”

“El Espíritu Santo, agrega San Cipriano, por los labios de Salomón mostró anticipadamente el tipo del sacrificio de la nueva ley, al hacer mención de la Hostia inmolada, del pan y del vino, del altar y de los Apóstoles.”

“La Sabiduría de Dios, añade San Isidoro, se edificó una casa, la Iglesia Santa, en la cual inmoló la Hostia de su cuerpo, mezcló el vino de su sangre en el cáliz del sacramento divino, preparó una mesa, esto es, el altar del Señor, y envió á sus esclavas, los Apóstoles y los Doctores, para

¹ De Civit. Dei XVII. 20.

que invitaran á los insensatos, es decir, á las naciones que no conocían al Dios verdadero y les dijeran: "Venid, comed el pan y bebed el vino que os tengo preparado."

La Iglesia Católica, maestra infalible de la verdad, ha proclamado que las palabras de Salomón constituyen una hermosa profecía del Sacramento Eucarístico.

Ella, con su celeste sabiduría, las ha escrito en el frontispicio de ese monumento de ciencia, de elegancia literaria y de amor que se llama "El Oficio del Santísimo Sacramento," levantado á la gloria de Dios por el genio inmortal de Santo Tomás de Aquino.

Pero lo que más resalta en la profecía, es el carácter de universalidad del don Eucarístico.

"Quien sea párvulo, véngase á mí: el que no tenga juicio venga á comer de mi pan."

Evidentemente estas palabras designan el carácter universal del don Eucarístico.

¿Quién es el hombre que ante Dios no sea un niño pequeño?

¿Quién es el hombre que, ante el trabajo de la virtud, el cumplimiento del deber, la lucha organizada y dirigida contra él por los enemigos de

su salvación, no sea pequeño, débil y, en suma, un niño, sin valor y sin fuerzas?

¿Quién, ante el problema de su destino, de la dirección de su vida, del camino que debe tomar para ir al cielo, de la elección que debe hacer entre los falsos bienes y los verdaderos, no es un ignorante, un imprudente, un insensato, para decirlo de una vez, con la energía de la palabra sagrada, *insipientibus locuta est*?

¿En dónde está el hombre que no haya demostrado, muchas veces en su vida, ligereza deplorable y necedad profunda, prefiriendo la criatura al Creador, el bien pasajero al bien perdurable, la estimación y el amor de los hombres á la estimación y al amor de su Dios, la muerte á la vida, el infierno á la gloria?

No cabe ponerlo en duda: todo hombre es un niño, es un ignorante, desde que se trata de la vida sobrenatural, desde que se coloca ante la majestad de su Dios.

La profecía, en consecuencia, se refiere á todos los hombres.

Y Jesucristo lo consagró, así con su palabra omnipotente, al instituir el Sacramento de su ternura.

"Comed todos, dijo, *manducate ex eo omnes.*"

Todos: he aquí una pala indeterminada, infinita: en ella caben todas las condiciones, todas las edades, todos los estados.

Todos, hasta los ignorantes, hasta los sencillos, hasta los pecadores, hasta los que ayer estaban muertos y que apenas vueltos á la vida pueden caer más profundamente quizá, hasta los niños que apenas tienen conciencia de sí mismos, hasta los moribundos que tienen ya un pie en las sombras del sepulcro.

A todos invitaba la profecía, y á todos invitó Cristo, realizándola.

Invita á los niños y á los insensatos, es decir, á los pecadores, no porque acepte á estos con los pecados que manchan su alma: quiere que se despojen de ellos, al entrar al convite.

Dejad las niñerías, decía el Profeta, es decir, abandonad el mal camino que váis recorriendo y caminad por las sendas de la prudencia, *et ambulate per vias prudentiæ.*

A todos ofrecía el Profeta y ofreció Cristo el pan y el vino que iluminan, que enseñan, que destruyen los errores, que corrigen los vicios, que reprimen los extravíos, que hacen salir de las

vías tenebrosas cuyo término es la muerte, para introducirlos en las vías luminosas, rectas y seguras de la prudencia sobrenatural, en donde la fe esclarece los senderos, la humildad evita los tropiezos, la esperanza sostiene contra el cansancio, el amor da fuerzas para caminar valerosamente, y en donde Dios mismo, en fin, marcha con nosotros y nos lleva como de la mano hasta el término bendito del destierro, hasta la patria eterna; *relinquite infantiam et ambulate per vias prudentiæ.*

¡Oh! dulce profecía: Oh! increíble profusión del don Eucarístico.